

CARLA FAESLER

Por dentro somos un pulpo rojo que piensa

I

Las cosas que no están en la naturaleza

Son tan extrañas las cosas que buscamos
que me parecen rojas.

El rojo es un color raro en la naturaleza,
como la felicidad.

Desear, siento, debe ser algo así.

El paisaje, en el sentido mundo, está hecho, principalmente,
[de color verde y café,

apenas
una flor por ahí,
un pájaro cardenal,
un cielo ocasional
o una sandía reventada entre la hierba,
como una oración.



Cildo Meireles, *Desvío hacia el rojo I: Impregnación* [vista del entorno], 1967-1984. Instituto Inhotim, Minas Gerais, Brasil, © Fabiano Silva / Alamy Stock Photo.

Digo “hecho principalmente de color verde y café...”, pero podría haber escrito “que percibimos principalmente en color verde y café”. ¿Qué es lo real? La ciencia nos confunde, la confusión tampoco es natural, ¿me equivoco? Equivocarse y confundirse son actos rojos en mi corazón que también lo es y, aunque es algo natural, también es raro.

La ciencia cambia constantemente sus revelaciones sobre la percepción: es la materia, es la luz, es sólo un infinito de partículas, es la energía, la mente, la conciencia, etc... O, recientemente, un día leí que ahora la apuesta es por la inexistencia de eso que llamamos realidad, que sólo vemos a través de una suerte de pantalla que muestra lo que nuestra mente construye como el mundo pero no es lo que realmente “existe”.

Hace mucho tiempo Lévi-Strauss escribió que entre lo sensible y lo inteligible está el lenguaje que nos fue dado, nuestra herramienta más utilizada para articular la realidad. Con el lenguaje inventamos los códigos con los que acomodamos lo visual para discernir, dar forma e identificar lo que vemos con un “algo”, una cosa o una causa. Para explicarlo mejor, hace una comparación entre diferen-

tes disciplinas artísticas que me gusta, porque me aclara algo importante que me viene a la mente mientras escribo este texto:

Entre pintura y música no existe, pues, verdadera paridad. Una halla en la naturaleza su materia: los colores son dados antes de ser utilizados, y el vocabulario atestigua su carácter derivado hasta en la designación de los más sutiles matices: azul nocturno, azul pavorreal o azul petróleo; verde agua, verde jade; amarillo paja, amarillo limón; rojo cereza, etc. Dicho de otra manera, no existen colores en pintura más que porque hay seres y objetos coloreados antes.¹

La materia es el instrumento, no el objeto de la significación, continúa. El color es un asunto cultural. Claro. Y pienso de nuevo:

1 Claude Lévi-Strauss, “Lo crudo y lo cocido”, *Revista de la Universidad Nacional* (1944-1992), septiembre de 1971, núm. 9, pp. 141-142.



Composición a partir de la imagen de Carla Faesler.
Fotografía de la autora.

las cosas que buscamos
son tan extrañas que me parecen
[rojas.

Con la emoción, la sensación, el instinto y la intuición, filtrados por el lenguaje, buscamos las cosas que no están en la naturaleza. Imaginamos: amarillo desprecio, rojo pasión, verde esperanza, blanco pureza. ¿No será a través de los colores que intentamos encontrar lo que deseamos?

Si le cambiamos el color al corazón,
a la ira, a la pasión y al diablo,
si los hacemos negro, rosa, beige y agua,
el corazón, la ira, la pasión y el diablo
[seguirán siendo rojos
porque así nos los hemos imaginado.
[O así nos fueron dados.

La percepción común, la imaginación
[pública.
Cuervo fucsia, flamenco azul. El hubiera
[sí existe.

II

“Gerión era un monstruo, todo en él era rojo”.²

Yo era Gerión.

2 Gerión es el personaje principal de *Autobiografía de Rojo* de Anne Carson. La poeta trabajó este libro a partir de los vestigios de un poema de Estesícoro sobre el personaje mitológico, que era un monstruo alado de color rojo que vivía en un mundo rojo. Ver Anne Carson, “Autobiografía de Rojo”, *Letras Libres*, núm. 86, noviembre de 2008.

Mi madre había muerto. Ella era bruja, en serio, y tenía el pelo hasta la cintura. Entonces, cuando se fue, yo dejé de cortarme el mío y, poco después, perturbada y a veces sumergida en la confusión y el desánimo, empecé a vestirme de rojo: por la captación de energía, esa idea que tenemos en la nube del imaginario colectivo; por el hábitat de Aries —mi signo astral—, su elemento fuego y, por supuesto, por ser mi color favorito desde niña, mucho antes de que me hiciera una con los símbolos, como nos pasa a los seres de lenguaje. Me acuerdo que no me gustaba que mi planeta fuera Marte porque, aunque es rojo, está asociado con la guerra, con el lado violento del ser humano. Todavía hago peripecias intelectuales para disociarlo de eso: pienso en que muchas veces no “hacemos el amor” si no cogemos furiosamente y eso me encanta, que las revoluciones son violentas y, también, que hay que matar al padre. Social. Individual. Simbólicamente, claro.

Digo “yo era Gerión” porque lloré cuando leí *Autobiografía de Rojo* de Carson, porque sentí la tristeza del pequeño monstruo como mía, su sufrimiento amoroso, su inocencia, su búsqueda de quién es. Por el cariño que le tenía su madre. Lloré porque tenía alas pero no las usaba, igual que yo, igual que la mayoría de las personas, y porque sólo vuela cuando alguien se lo pide. Pero me consolaba su ser rojo, mi color, además de ser un ser no humano como yo lo era entonces: todas las personas recién huérfanas lo somos, en el símbolo. Otra cosa que me atrapó fue su ser como adjetivo. Al principio del libro, Carson revela una clave —ya es una cita muy popular— para leer a Gerión que me descubrió otra dimensión del lenguaje y de mi propia manera de ver el mundo:

¿Qué es un adjetivo? Los
sustantivos nombran el mundo.
Los verbos activan los nombres.
Los adjetivos vienen de otro lugar.
La palabra adjetivo (*epítheton* en

griego) es en sí misma un adjetivo que significa ‘colocado encima’, ‘añadido’, ‘agregado’, ‘extranjero’. Los adjetivos parecen añadidos bastante inocentes, pero miremos de nuevo. Estos pequeños mecanismos importados son los encargados de fijar todo lo que hay en el mundo a su lugar en la particularidad. Son los pestillos del ser.

Yo estaba ligada a su color y Gerión no sólo era, sino vivía “en un lugar rojo” —nuestra particularidad— como el que yo ponía sobre mi cuerpo para cuidar mi luz: porque

sobre la luz, tenía yo
una idea fija, fijada
al viejo cuarto oscuro de la fotografía,
—sí, el cuarto, sí, el mundo—
bañado de luz roja,
la de la vibración lumínica más baja:
el rojo no velará lo captado por la luz.



Fotografía y objetos de la autora.

La luz que entraba apenas
por el ojo del duelo,
era yo en mi modo intocable,
en rayo, en haz,
y mi deseo era jamás desintegrar
lo impregnado
por la luz,
la mía y las otras, todas las otras luces.

Que no se me olvide: Gerión es muy
bonito, me parece. Lo he visto en internet.

III

La Obra Roja

Me gusta pensar en la alquimia porque su práctica busca una cosa extraña: la inmortalidad, que por eso, sospecho, es roja. La piedra filosofal, que también buscó José Arcadio, recordemos, con un laboratorio que le regaló Melquiades,³ era la Obra Magna, que, además de eternizar la vida, haría posible convertir metales comunes en oro. De las tres etapas para lograrla —hay quien dice que son cuatro— una es roja: *Opus Rubedo* (Obra Roja), que es la última, la definitiva, y parece que consistía en polvo de una piedra rojiza. La Obra Roja significaba también la unión de perfectos opuestos, la forma más alta del espíritu.

El rojo, me imagino, es un río subterráneo
[que corre bajo la historia
de las preguntas
arcaicas y actuales,
¿cómo funciona el universo?,
los símbolos, la categorización de
[las emociones,
y, finalmente, no hemos hablado de
los interiores del cuerpo.

Por dentro somos
un pulpo rojo que, sabemos de sobra,
[piensa.

3 Gabriel García Márquez, *Cien años de soledad*, Real Academia Española, Asociación de Academias de la Lengua Española, España, 2007, pp. 9-12.

IV

Le quitaron el rojo al mundo

Los sabios —acalladas sean ellas—
le quitaron el rojo al mundo.
Prohibieron el interior:
la entraña, las tripas, las venas,
la carne. Sí, las mucosas,
las húmedas membranas
que todo lo cubren,
al interior.

El Dualismo,
el Gran Desgarramiento
cuerpo/alma,
le quitó el rojo al mundo,
a la cama de lxs amantes,
al corazón expuesto en los altares,
a los calzones de las.

Las menstruantes impuras,
de boca desdentada,
aborrecida
porque habla
de cómo se originó el mundo,
esa roja boca que sangra, dice
en las parturientas,
—las esconden—
pero sus soldados nacidos
sí que podían sangrar a las orillas de
[Tebas.

A la oposición alma/cuerpo
[mente/cuerpo (varios autores)
le da asco la sangre, la lengua.
¿La poesía es roja?
¿De qué color era la república de Platón?

Me acuerdo de que un día leí en un
libro sobre historia de la anatomía y la
prohibición de esa práctica: *Ecclesia abhorret a sanguine* (la iglesia aborrece la san-
gre), claro que sí, me acuerdo, Georges
Bataille.

Coágulos, grumos, tejidos,
sangre de una alianza nueva y eterna
que el cristianismo higienizó, pensaste.
Veo todo rojo cuando leo a Bataille,
veo al cristo destrozado, sacrificado,
[que la iglesia

decidió limpiar para borrar todo rastro
[de maldad (entre comillas)
en la religión institucionalizada.
Por eso ya no funciona el sacrificio (el
[aniquilamiento mutuo)
porque nos quitaron el cuerpo,
para que ya no nos podamos perder.
[En el rito.

El sacrificio, la muerte son rojos —los
[adjetivo ahora—
el rojo es la esclerótica
de los ojos del diablo.

Estaba cortando un betabel
y era mi corazón,
era mi corazón.

V

Atuendos

Abro mi clóset, veo todo rojo, como
si fuera un lugar de sacrificios y ritos.
Hago sólo un pase de magia sobre esta
hoguera para alcanzar algo que ponerme.
Recuerdo ahora cómo poco a poco mi
clóset se fue tintando de rojo, de todos
los rojos: cereza, tinto, cardenal, borgoña,
granate, escarlata, magenta, etc... Fue
paulatino, muchas veces fueron regalos
y otras, lo que a través de los años fui en-
contrando en las tiendas, con mucha fa-
cilidad, debo decir, porque con un vistazo
ubicaba las únicas prendas que me po-
drían interesar. Una cosa que me llamó
la atención fue lo cómodo que me pare-
ció vestir de uniforme. Toda mi ropa era,
o me parecía, igual. Ese momento en el
que, si no tenemos prisa, pensamos en qué
nos vamos a poner hoy, si esto va con esto
otro o no, se fue perdiendo en el pasado.
Lo que sí, en ocasiones especiales, esco-
jo texturas y tonos.

Pienso en lo que hay en mi clóset y
en muchos de mis objetos personales:
plumas, peines y bolsas, estuches, guan-
tes y tazas. En el origen, mi madre, que
era buena y era mala, como el rojo y como
todas nosotras. Y hay un pantone emo-
cional y simbólico: pasión, ira, sexo, las
cosas extrañas que busco, como ese pla-

neta marciano sin violencia o la alegría parecida a los adornos de navidad que sacamos del cajón cada temporada de felicidad. Hay valentía, supongo, y vitalidad. Aventura. Hay lo prohibido y lo desafiante. Simbólicamente.

Algo atávico existe en la impresión que nos causa una manzana, una lengua humana o no humana, las veladoras en los templos, la Reina Roja de Palenque, las rosas de ese color, las granadas, el corazón y el diablo. ¿Qué nos evocan Xipe Tótec, las pinturas rupestres, las manos impresas en esas cuevas? Las heridas, las catarinas, esos rojos en los vestidos de los dioses prehispánicos, en la pintura flamenca, los turbantes. Hermes. La bandera comunista. Y el fuego, por supuesto, siempre el fuego.

Coda

Poco tiempo después de conocer, gracias a unas amigas, a la diosa Tlazolteotl, la descubrí en mis cajones. A esta divinidad mexicana se le asocia con la fertilidad y la pasión, entre otras cosas, y con la purificación de los desechos. Se dice que es la diosa de la composta, por lo que la fermentación y la podredumbre son elementos de su culto. Ella tiene la cara roja, por eso, está cerca de mí. Me hace feliz, sobre todo desde que empezamos a hablar de la importancia del humus, las redes micorrízicas y la urgencia de compostar el mundo. ♪



Cildo Meireles, *Desvío hacia el rojo I: Impregnación*, 1967-1984. Instituto Inhotim, Minas Gerais, Brasil, © SOPA Images / Alamy Stock Photo.